

LA NUEVA REINA DE LAS NIEVES

Había una vez una anciana que inventó un cuento destinado a su hija Gerda y a su hijo Kay. Esa historia no tardó en volverse popular, y llegó hasta tal punto que Disney basó en ella una película. Pero la abuela tenía otras razones por las que contar el cuento, y era porque ella había conocido a la Reina de las Nieves y la admiraba. Sabía que, tarde o temprano, la historia se haría realidad.

Año 2019

Aurora vivía en una casa de Noruega junto con toda su familia y su hermano Manuel. En su pueblo, el cuento de la reina de las nieves era bastante famoso. Era raro ver a un niño que no pasara las horas de su más tierna infancia buscando a aquella reina extraña.

Aurora y Manuel se habían mudado a Noruega hacía relativamente poco y se estaban acostumbrando. Cuando comenzó la época de nieves, Manuel, que no había visto nevar así nunca, se enamoró de los copos. De repente, vio como uno comenzaba a crecer y este se convirtió en la Reina de las Nieves. Esta era muy bella y deslumbrante; estaba hecha de auténtico hielo.

Al día siguiente Manuel se sintió raro. Dijo a sus padres y a su hermana que creía que se le había clavado algo en el ojo y en el corazón.

- No tienes nada- contestó su madre.

- ¡Me duele mucho!- gritó él.

Pero, a partir de aquel momento, Manuel cambió bruscamente. Se burlaba de Aurora y de sus amigos y maltrataba a su familia sin piedad. El corazón se le había helado y el ojo se quedó tapado por un cristalito que le impidió ver lo bueno y lo malo. Sus padres estaban preocupadísimos y su hermana sospechaba algo. Una noche al chico se le volvió a aparecer la Reina de las Nieves. Esta dio un chasquido y aparecieron en el palacio.

-He venido a buscarte y te has dejado. Bien, bien, bien. La vida en mi palacio es muy buena, ¡Como estatua de hielo!- dijo la reina con voz malévola.

Inmediatamente la congeló.

En la aldea la preocupación por Manuel crecía por momentos. Sus padres pensaban ya que no volverían a ver a su querido hijo.

Aurora recordó el cuento de la Reina de las Nieves y siguió su instinto. Buscó un trineo y llegó a un río al que cayó.

Una anciana la rescató y la llevó a su casa, allí le dio calor.

-¿Buscabas algo?- Preguntó la anciana.

-A mi hermano- contestó Aurora

-Está con la Reina de las Nieves, ¡Ve allí! Gritó la anciana.

Aurora llegó al palacio y dio unos golpecitos a la puerta.

-¿Quién eres? preguntó la reina.

-No te importa, sé que mi amor puede salvar a mi hermano- contestó Aurora confiada.

Se acercó a la estatua y dio a Manuel un gran abrazo. Su hermano se descongeló y así todos terminaron siendo felices, la Reina murió y se liberaron todas las demás personas atrapadas.

Al final siempre ganará el amor.

No Confíes En Nadie

Hace mucho, mucho tiempo, había una joven que recibía el nombre de Zoe. Vivía en Madrid y era una chica aventurera, sin miedo a nada...Pero un día conoció a una señora...Zoe decía que era su amiga, ya que pasaba todo el día con ella, Zoe la ayudaba en todo, incluso faltaba a la universidad para estar con ella y cuidarla. Un día Zoe decidió ir a su casa directamente, ya que tenía que hacer muchos deberes, estudiar, etc...Aquella señora recibía el nombre de Milord y era muy conocida en Madrid, ya que hace mucho antes de haber conocido a Zoe, se la vio realizando una especie de brujería, por lo que todas las personas le tenían miedo y otras ni les creían. Zoe decía conocer perfectamente a Milord, pero lo que no sabía era que Milord la estaba hechizando, estaba provocando que Zoe se cansara con facilidad provocando que dejara de ser aquella chica aventurera que no le tenía miedo a nada. Aquel día que Zoe no fue a casa de Milord, Milord le echó una maldición que haría que se convirtiera en la persona más horrorosa que iba a existir en todo el mundo...Pero, al hacer la maldición, ésta no pudo realizarse, ya que Zoe era la chica más guapa de todo el mundo, la chica más valiente, sin temor a nada, lo que causó que la maldición se revirtiera y cayera sobre Milord, lo que causó que se convirtiera en casi un monstruo. Al día siguiente Zoe fue a casa de Milord como siempre hacía. Al tocar la puerta, ésta se abrió sola, Zoe no entendía na y empezó a preguntarse: ¿Dónde está Milord? ¿La habría olvidado? ¿Se habría enfadado? Zoe tenía demasiadas preguntas en su cabeza. En un momento se escuchó una voz que decía que subiera a la habitación, Zoe al escucharla, sintió un poco de temor.

Al subir a la habitación, se encontró con Milord. Zoe, sorprendida, le preguntó qué le había pasado, pero Milord no dijo nada; simplemente le ofreció una manzana. Zoe confiaba en Milord, así que aceptó. Al dar un mordisco, esta cayó desmayada al suelo, dejando caer aquella manzana envenenada, que le había dado su supuesta "Amiga".

Milord envolvió su cuerpo y lo tiró al lago. Al rato, siete chicos aparecieron. Uno de ellos vio el cuerpo, y rápidamente lo sacó de allí. Por suerte, aquellos chicos estudiaron con Zoe, y se llevaron a Zoe a su casa, esperando a que despertara... Pasando las horas y al ver que no despertaba, llamaron a su mejor amigo, pues

no querían que la poli se enterara ya que le podían echar la culpa a ellos, su mejor amigo llegó, pensando que Zoe había muerto, pero al verla, pensó que solo estaba dormida.

Su mejor amigo, al enterarse de que Zoe no despertaba, decidió darle un beso de despedida ya que él la amaba como a nadie en el mundo. Al dárselo Zoe despertó, ya que la manzana envenenada era un sueño eterno, que se deshacía con un beso. Zoe siguió siendo la misma chica que antes, pero está vez siendo novia de su mejor amigo. Milord fue a la cárcel por intento de homicidio, y nunca más volvieron a saber de ella. Los siete chicos se volvieron grandes amigos de Zoe...ahora... ¿Te gusto la historia?

FIN

Tercer premio:

Alejandra Gárgoles Cosías 1ºB

EL SOLDADITO DE PLOMO

- Hola, soy el soldadito de plomo. Uno de los protagonistas de este cuento.
- Y yo, soy la bailarina. Nuestro creador es el magnífico Hans Christian Andersen.

Ambos tenemos algo que nos hace diferentes, pero a la vez únicos. Vivimos en la misma habitación y aunque penséis que estamos cerca, estamos tremendamente distanciados.

Una fría noche, mientras su dueño James dormía, los dos muñecos todavía estaban despiertos. Él formaba parte de unos legos y ella pertenecía a una gran casa de muñecas.

El soldadito no conseguía conciliar el sueño pensando en la bailarina. Aunque la habitación estuviera oscura, un pequeño haz de luz iluminaba al soldadito. Eran las lentejuelas del vestido de la chica.

Su amor por la bailarina era conocido por todos los juguetes, incluso por el malvado arlequín, también enamorado de la muchacha. Este formaba parte de un teatrillo del niño.

Una noche, este lanzó al soldado a un lago que se encontraba justo debajo de la ventana. Este canal llevaba a una piscina pública. Con la mala suerte de que en estos días estaba siendo restaurada, para eliminar los muñecos y vertidos que dejaban los niños al bañarse.

-Cuando la bailarina se enteró, se pasó días y días llorando por mí. Yo estaba atemorizado ante la idea de ser triturado – decía el soldadito.

-Horas después me enteré de una buena noticia y una mala.

-La buena noticia era que no sería destruido y la mala; no tanto; era que sería donado a un albergue para niños necesitados.

Una semana después, el soldadito quedó asombrado al llegar a la casa de su nuevo dueño. Allí también estaba la hermosa figura de su amada bailarina. El antiguo dueño de sus muñecos ya no la quería y la había donado. Y así fue como los dos muñecos, a los que les faltaba una pierna, pudieron vivir felices para siempre.

FIN

HANSEL Y GRETEL

Estábamos en el salón; mi madre, mi hermano y yo. Cada uno tenía su argumento, pero yo ya había abandonado la conversación hacía tiempo. Mi hermano, argumentaba que ya era lo suficientemente mayor para hacer la mayoría de cosas que quería hacer. Mi madre, en cambio, decía que no, qué si se nos ponía una situación un tanto complicada, no sabríamos cómo reaccionar. Ahí acabó la conversación.

Al día siguiente, mi hermano Hansel y yo fuimos al colegio. Como todos los días, a las dos y media de la tarde, nos pusimos a andar hacia casa. Ese día, no nos acompañaba mi amiga Lucía, ya que la habían venido a recoger en coche. No era un camino muy largo, pero a veces se hacía eterno por la cuesta hacia casa.

A mitad de camino, una señora mayor nos dijo que se había perdido que vivía en el parque y que si “éramos tan amables de acompañarle a su casa”. No me cayó bien, no sé por qué, pero no se lo dije a mi hermano. Cuando llegamos a su casa, insistió en que si queríamos pasar a tomar algo. Dijimos que no, pero no nos dio mucha opción. Cuando entramos, cerró la puerta con llave y se la guardó. Miré a mi hermano, que parecía tan asustado como yo, incluso más. De repente, sacó un cuchillo. Lo dirigió hacia nosotros y nos dijo que anduviéramos. Eso hicimos, y nos metió en una pequeña jaula al final del pasillo. Una casa en medio del parque y una casa dentro de esta, se notaba que la vieja no tenía muchos amigos. Esperamos allí un rato, y oímos ronquidos. Se había dormido, y esa era nuestra oportunidad de escapar. Saqué una pinza del pelo, y Hansel soltó la cerradura. Con mucho cuidado, salimos de allí y corrimos hasta que las piernas no nos dieron a más. Llegamos a casa, cansados y hambrientos, y cuando abrimos la puerta vimos a mi madre, que normalmente a esas horas, nunca estaba en casa. De repente dijo: - A esto me refería con “situación complicada”-. ¡Había sido idea suya! Estaba realmente sorprendida con cómo habíamos reaccionado y al final, le dio la razón a Hansel. Me pareció un poco cruel, pero lo entendí.

Segundo premio:

Miguel Ángel Madrona González 2ºA

CAPERUCITA

ROJA

Érase una vez una niña cuyo nombre era Julia. Esta niña tenía ocho años y era muy bajita, con ojos azules y pecas en la cara. Ella era muy risueña e inocente. Su casa se situaba en medio de un bosque solitario, en el cual habitaban su madre y ella. El lugar en el que habitaban, aunque desolado y alejado de la mano de Dios, no le faltaba vida, debido a que había un gran número de animales de todos los tipos. Había vacas, toros, pájaros de todos los tipos, ciervos, insectos y más variedades. Entre todos estos había un animal que destacaba. Este animal era el lobo feroz. El lobo feroz era grande cual árbol, peligroso como un arma, astuto como nadie y con unos dientes como cuchillos. La gente de los alrededores le temía mucho a este lobo.

Un día la madre de Julia mandó a esta a llevarle una cesta repleta de alimentos a su abuela debido a que estaba muy enferma. La madre de Julia era una persona bastante desconfiada y muy inteligente. Esta era muy, muy alta, con los ojos azules iguales igual que su hija, pero con el cabello rubio, justo lo contrario de su hija Julia. Su nombre era Inés. Inés era muy divertida, pero a veces resultaba una persona excesivamente seria.

Julia, para llegar a la casa de su abuela debía atravesar todo el bosque hasta llegar a la otra punta de este en el cual se hallaba la morada de su abuela. La pequeña cogió su caperuza de color rojo y antes de salir, su madre Inés, la dijo que no hiciese caso al lobo feroz porque seguramente este intentaría engañarla.

Seguidamente esta procedió a dirigirse a la casa de la abuela y al rato, justo en la desviación de dos caminos, a Julia se le apareció el anteriormente mencionado Lobo Feroz. Este la comentó que si iba por el otro camino, podría llegar a la casa antes, lo cual obviamente era un sucio engaño, al cual ella hizo caso. Cuando el lobo avanzó y Julia procedió a adentrarse en el camino, apareció su madre Inés.

La cual la llevaba siguiendo desde el principio porque no se fiaba de esta. Julia la contó lo ocurrido y estas siguieron a escondidas al lobo.

Al rato, cuando llegaron a casa de su abuela observaron al lobo y estas entraron corriendo para ver que iba a hacer y descubrieron que... ¡El lobo estaba intentando comerse a su abuela! La madre, enfurecida, agarró un jarrón y golpeó y golpeó fuertemente al lobo, el cual cayó al suelo, muerto. La abuela casi ni podía hablar debido al susto. Pasado el rato todas se calmaron y se tranquilizaron. Degustaron la comida de la cesta y se hicieron unos bonitos abrigos de piel de lobo.

FIN

Tercer premio:

Mónica Aspiunza Martínez 2°C

CAPERUCITA ROJA

Érase una vez una niña que siempre vestía de rojo; gorrito rojo, peto de falda rojo y leotardos rojos. Vivía con su madre en un pequeño pueblo alejado de la ciudad y al lado del bosque. Por desgracia aquel pueblo estaba acechado por lobos todas las noches, lo que volvía a la aldea un tanto peligrosa.

La mayoría de los recados los realizaba su madre y si veía que no iba a poder llegar a la aldea antes de anoecer se quedaba a dormir en algún hostel.

Un día, su madre no pudo llevarle la comida a la abuela; entonces mandó a su hija a llevar comida a llevársela. Salió temprano por la mañana y se puso en marcha hacia más profundo del bosque.

En la primera capa del bosque, los árboles dejaban pasar la luz a través de sus ramas y había flores por todas partes. Iba recogiendo las florecillas y setas que veía, hasta que llegó a un arroyo. Allí se paró a descansar y a beber agua. Después de aquella parada el bosque se volvió profundo y denso. Estaba oscuro y Caperucita empezaba a tener un poco de miedo y de repente, saltó disparado algo de los arbustos. Se quedó petrificada en el sitio cuando descubrió que lo que la había asaltado era un lobo.

Aquel lobo era un tanto peculiar, caminaba a dos patas y tenía trozos de pantalones puestos y ¡además hablaba!

El lobo le dijo que no quería hacerle daño, que lo único que quería era un poco de comida porque llevaba días sin comer. Caperucita afectada por la situación del lobo le ofreció un poco de lo que llevaba para su abuela.

Desde aquel punto el lobo acompañó a Caperucita hasta la casa y allí esperó a que saliese para volver a acompañarla.

Desde ese día Caperucita siempre le llevó comida a la abuela y le daba un poquito de esta al lobo. Al final se hicieron buenos amigos y continuaron viéndose cada vez que Caperucita iba al bosque.

fin

LA BRUJA

Desde siempre las brujas han sido las malas del cuento, aquel personaje horrendo del que se disfrazan las personas en Halloween o aquella mujer a la que quemaban en la Edad Media. Pero ¿por qué? ¿De donde sale esta mala visión de ellas?

Hay una bruja en concreto que tuvo mucha polémica. Esta mujer, de nombre desconocido, construyó con sus propias manos, en el bosque, una casita hecha nada más y nada menos que con dulces y chuches de todo tipo: chocolate, regaliz, caramelo, etc.

No la hizo para ella, sino para todo aquel que quisiera visitarla. La pobre bruja ya estaba mayor, no podía volar porque había perdido el equilibrio y además se sentía muy sola.

En realidad los dulces que formaban la casita eran solo un adorno, porque si se los comían, esta se vendría abajo. Ella guardaba gominolas, pasteles y galletas aparte, en un almacén. Un día mientras estaba comprando azúcar para más comida, dos niños, una niña y un niño muy maleducados, entraron en su casita y se comieron la puerta, las ventanas y algunos adornos de las paredes.

Cuando la bruja regresó y vio lo que habían hecho, le dio mucha rabia. Pero comprendió que sólo eran unos niños y muy amablemente les invitó a merendar.

Los niños no se lo podían creer, era la primera vez que veían una persona tan extraña y diferente a las demás, vestida de negro, con un enorme sombrero en punta, con uñas largas y con la piel de color verde. Así que salieron corriendo y le contaron a todos lo sucedido. Tenían mucho miedo y distorsionaron demasiado la historia.

Fue algo terrible, pues, por temor, nadie se acercaba a la casita, y encima corrió el rumor de que aquella bruja utilizaba los dulces como trampa para comer niños.

En fin, las personas creen en esta leyenda porque nadie, hasta ahora, había contado la verdad.

Es una prueba más de que las apariencias engañan y no podemos juzgar a alguien sin conocerle realmente. Quién sabe las cosas maravillosas que aquella bruja hubiese podido hacer...

¿QUE HUBIERA PASADO SI...?

Ese extraño día empezó como uno completamente normal. Estaba con mi hermana pequeña dispuesta a ver una película para pasar la tarde, ya que era un día lluvioso y frío. Después de dudar sobre que película íbamos a ver, mi hermana dijo que quería ver la cenicienta. El único problema era que no teníamos donde verla, por lo que decidí buscarla en algún sitio de internet.

Cuando por fin la encontré, vi que tenía un título un tanto peculiar. Le habían añadido las palabras “¿Y si...?”. Por lo que al empezar a ver la película, me di cuenta de por qué se llamaba así. No era la historia original, sino que contaban que hubiese pasado si Cenicienta no hubiese hecho tal cosa o ido a tal sitio.

La primera versión era: “¿Qué hubiese pasado si Cenicienta hubiese sido fea y su hermanastra guapa?”. El título me llamó mucho la atención. Le di a reproducir y claramente se veía que los aspectos estaban cambiados. Por lo que, la historia fue sucediendo normal hasta que llegó la hora de ver al príncipe. Supuestamente, el se tenía que fijar en Cenicienta, pero en esta versión mostraba que solo tenía ojos para su hermanastra. Lo que nos dice, es que estas películas nos enseñaron que solo si eras guapa, bella y con buen cuerpo conseguirías a la persona que querías, sin importar su personalidad. Porque la actitud buena y humilde de Cenicienta no había cambiado, solo su físico, y aún así, el príncipe solo se fijó en su hermanastra.

Esta versión me dio mucho que pensar. Miré a mi hermana y vi que se había quedado dormida, pero yo tenía curiosidad y quería seguir viendo las otras versiones. La siguiente que vi era distinta. Trataba de que hubiera pasado si el zapato de Cenicienta de cristal fuera realista. Al principio no entendía el título pero luego lo comprendí.

La versión empezaba con Cenicienta ya vestida y preparada para ir al baile, pero aún no llevaba sus zapatos puestos. Sin embargo, nada más ponerse los bonitos tacones de cristal se podía ver que se rompían en mil pedazos. Eso me causó varias risas, aunque si lo piensas, eso es lo que realmente pasaría. Se podía ver a Cenicienta frustrada intentando recomponer el zapato, sin éxito. Al final optó por llevarse unos zapatos normales, que no le pegaban con el vestido. La historia siguió transcurriendo normal, hasta que llegó la parte en la que se tenía que ir corriendo porque el hechizo desaparecía, y donde supuestamente pierde el zapato. Pero en esta versión no pasaba esto. Al haberse puesto un zapato de tacón normal y no de cristal, no se le resbaló del pie, y por lo tanto el príncipe no lo pudo coger para luego encontrar a

Cenicienta por todo el reino. Así que la versión acaba igual que empezó, con Cenicienta soltera y haciendo de sirvienta.

Esta parte me causó bastante gracia, ya que si Cenicienta fuera real, seguramente eso es lo que hubiera pasado. De todas formas, miré la hora y vi que ya era muy tarde, por lo que apagué la televisión, llevé a mi hermana a su cama y me fui a dormir, pensando en la suerte que había tenido al encontrar ese tipo de película.

Tercer premio:

Daniel González Arroyo

3ºB

“LA REVANCHA DE LA TORTUGA Y LA LIEBRE”

La liebre parecía no haber aprendido nada, pues había retado a otra carrera a la tortuga. En el fondo, el roedor quería hacer las paces, pero su orgullo hacía que reservase sus sentimientos.

Al día siguiente, echaron a correr, de nuevo iba la liebre por delante, podía ganar, pero... ¿luego qué? Mientras iba pensando por eso, pasó por el árbol en el que se había parado la otra vez. En esta ocasión, no cometería ese error. En ese momento, un rubio príncipe salió por el camino a caballo. La liebre miró temiéndose lo peor, pues el jinete llevaba bolsas de piel y una escopeta, iba a cazar.

La liebre corrió, pero ya era demasiado tarde, pues ya le habían visto. El príncipe disparó... Pero en ese momento, la tortuga la salvó, recibiendo ella el disparo. El chico se marchó decepcionado.

La liebre empezó a llorar y la tortuga le preguntó: “Liebre, ¿por qué lloras?” y ésta le respondió: “Porque me has salvado, cuando yo no he hecho nada por ti en la vida. Porque me parece muy triste que nuestras cosas vayan así, que tú seas el bueno y yo el malo, que tú ganes y yo pierda, aprendiendo una lección que ni siquiera sé cuál es...”. “Ahí está la cosa”, dijo la tortuga, “la lección es que el orgullo no te ciegue y que podemos ser amigos, pero ahora tengo mal la pata”.

Rápidamente, la liebre llevó a la tortuga hasta la meta, compartieron el premio y se hicieron amigos.

FIN

La Cenicienta: DIMENSIONES OPUESTAS

Érase una vez una muchacha muy pobre, la cual se había quedado huérfana a los pocos años de edad, y estaba en una casa de acogida muy lúgubre y oscura, a las afueras de la ciudad de Madrid. Tenía una habitación muy pequeña, donde apenas cabían unos pocos muebles. Sin embargo, la tenía que compartir con dos chicas más del centro, las cuales llevaban 10 años allí, mucho más tiempo del que llevaba ella.

Solía cantar alegremente por las mañanas, dar paseos por las zonas establecidas por los monitores y tampoco le disgustaba hacer las tareas domésticas que estaban organizadas en un horario, donde cada una de las chicas, ya que era un centro femenino, sabía lo que tenía que hacer.

Ella, la chica de cabello liso y oscuro, se llamaba Celia. Solía vestir con ropa cómoda y poco glamurosa, en parte porque no tenían mucho tiempo para salir y mucho menos dinero para comprarse caprichos. Estaba acabando el ciclo de secundaria, tenía 15 años, y un día llegó una de sus monitoras, su favorita, Linda, que le había ayudado mucho en toda su estancia allí, y le anunció a ella y a todas las demás, que para celebrar el fin de curso habían montado una fiesta por el centro de la ciudad; Les encantó la idea, y esperaban ansiosamente el gran acontecimiento.

Llegó el 18 de junio, el día de la celebración. Se dirigieron a un autocar que las llevaría a su destino, ya que, hasta allí no llegaba ningún tipo de transporte público. Cuando llegaron al local eran las 21:00; Fuera había una especie de plaza alumbrada por unas pocas farolas y con baldosas grises y mal colocadas. Algo llamó su atención, aparte de ellas y la música que salía del sitio donde se dirigían, no había nadie, únicamente una luz brillante de color rojizo al fondo de la plaza, saliendo de una especie de puerta.

La monitora sacó a Celia de su mundo y entraron. Las recibió un hombre un tanto extraño, con una gran sonrisa y un traje que le llegaba casi por los pies. Las saludó y las hizo dejar todas sus pertenencias en el sótano bajo llave, con la excusa de que allí estarían más protegidas y no les molestarían al bailar.

Poco tiempo después de empezar la fiesta, todas se estaban divirtiendo mientras bailaban las canciones que iban sonando. Pero Celia se aburría, no

tenía amigas allí y además el hombre ese no le daba seguridad, así que decidió salir fuera.

En la plaza hacía mucho frío y el gélido viento le acarició la cara. Como no sabía qué hacer se dirigió hacia aquella luz del fondo. Conforme se iba acercando se dio cuenta de que provenía de allí un ruido, era grave y sonaba como si alguien estuviera susurrando. Al llegar allí, solo vio aquella puerta, cerrada, aunque antes se encontraba abierta. No tenía ni cerradura ni pomo, así que, lo único que podía hacer era saltar. Se descalzó y dejó los zapatos en frente de la puerta y saltó al otro lado. Allí dentro estaba el ambiente de un tono rojizo y hacía aún más frío que fuera.

Avanzó, pero no conseguía distinguir bien las formas, parecía como si hubiese atravesado un portal a otra dimensión. Se oían risas, pasos y algún grito; Intentó sacar el móvil para ver algo o en casos extremos llamar a la policía, pero recordó que estaba en aquel misterioso sótano bajo llave. Pidió ayuda, pero no era una zona muy transitada la del local, nadie la oía, estaba sola, o eso creía. De repente, encontró un espejo rodeado de un marco muy sofisticado, e intentó mirarse en él. Empezó a ver a sus padres, el recorrido de todo lo que había vivido, y se vio a ella entrar en ese mismo lugar, pero algo era distinto, ella no era pobre ni estaba en una casa de acogida ni nada parecido, era rica. De repente escuchó un ruido y dejó de mirarse en el espejo; Una sombra venía hacia ella, entonces empezó a correr, saltó por un sitio que no sabría decir bien qué era, ya que, estaba muy oscuro, y desapareció.

Nunca se supo nada más de ella, la monitora y sus compañeras la buscaron cuando iban a irse, pero únicamente encontraron sus zapatos al lado de una puerta abierta la cual era un trastero donde se guardaban muñecas y espejos. Nadie sabe dónde puede estar esa muchacha de ojos verdes, pero parece que nadie la echa tanto de menos como para seguir su rastro.

Eran tres, eran ellas, que con un suspiro te evadían de la realidad, qué con su belleza, no del todo perfecta ni sutil podían tentar al mismo diablo, ellas no siempre fueron así, hubo una época, una época en que la gente seguía creyendo en los sueños, una época en que el amor no eran sollozos ni penas, otros tiempos en los que las mujeres, eran llamadas ángeles del cielo.

El amor y la fantasía crecieron con ellas, hijas de un hombre opuesto y cordial de familia noble, que enseñaba a sus sucesoras día a día a dejarse llevar por la pasión que transmitían y a reservar hasta el último poro de su cálida piel a un hombre cuyos sentimientos sean reales. Fueran donde fueran siempre dejaban huella, siempre las recordaban por ello y por su espíritu indomable las pusieron de nombre: Libertad, Belleza y Amor. Un día un caballero bien vestido se acercó a una de las tres diosas del pueblo, poco a poco fue dejando al descubierto sus notables sentimientos hacia la joven, pero ella no quería nada más que jugar y divertirse con el pobre hombre, haciendo con él y su corazón lo que a ella se le antojara, el caballero tan cautivado por su belleza y su labia no escuchaba lo que la gente intentaba advertirle. Pasaron meses incluso años y el supuesto bien vestido chico se estaba poniendo en los huesos, su espíritu y su pelo castaño y refinado estaban ya apagados y fríos, sus ojos, ya casi sin luz, se apagarían en cualquier momento.

Quién le iba a decir a ese caballero que caería en las redes de una buena apariencia, que toda su vida, sus metas y sus sueños se verían acabadas por una tez y un cuerpo bonito, dejando de lado lo que realmente importa y nos hace felices, el corazón.

Hoy en día no vemos más allá que lo que nuestros ojos creemos que pueden ver, nos equivocamos, el amor está tan cerca que podemos palparlo, podemos enamorarnos sin tocar, sin ver, no te dejes llevar por el exterior, las apariencias engañan, te lo dice un hombre que ha visto el cielo y el infierno en una misma sonrisa.

Tercer premio:

Raquel Ferrando Tarazona 4ºC

LA FRAGUA DE VULCANO

La vida de un dios no tiene por qué ser tan maravillosa como se suele creer. Supongo que depende de qué dios seas, claro, y a mí como Dios del fuego no me ha ido especialmente bien. Nadie se lo hubiese esperado teniendo en cuenta mi ascendencia. Soy hijo de Júpiter, dios de los dioses, y de Juno, su esposa. Me aguardaba un futuro brillante. Sin embargo, las cosas se empezaron a torcer ya en mi nacimiento, que fue bastante tortuoso. Nací enfermo y amorfo, por lo que mi madre, vanidosa y con escaso instinto maternal decidió que yo no era digno de habitar en el Olimpo. Me arrojó desde las alturas antes de que nadie supiese de mi existencia.

Caí al mar. Lo recuerdo perfectamente pese a mi tempranísima edad, aunque debo admitir que no entendía lo que pasaba. Cuando me sumergí sentí que me quedaba sin aire. Afortunadamente aparecieron Tetis y Eurónime, diosas del mar. Se apiadaron de mí y me criaron. Gracias a ellas descubrí mi habilidad para la forja. Hice trabajos artesanales de los que no habría sido capaz ninguna otra criatura en la Tierra. Pronto, mi labor se difundió entre los dioses. Me llamaban el artesano divino y me encargaron la creación de objetos tan famosos como las flechas de Apolo, la armadura de Hércules y el mismísimo rayo de Júpiter. Era todavía muy joven por aquel entonces.

Ya mayor, decidí que aunque mi vida en el mar no era mala ni mucho menos, hubiese sido más digna a mi condición en el Olimpo. Empecé a desarrollar rencor hacia mi madre, y decidí vengarme. Cree me obra maestra, el objeto más bello jamás creado: un trono de oro. Me presenté con él en el Olimpo y, tal y como había esperado, Juno quedó hipnotizada con su perfección. Hipnotizada, sí, literalmente. Les exigí al resto de dioses la mano de Venus, diosa de la belleza, a cambio de liberar a mi madre. Así sucedió, lógicamente no se atrevieron a negarse pese a las quejas de mi esposa, que no estaba para nada conforme. Al fin y al cabo, como ya he comentado, ser dios no te da más que una ventaja concreta, en mi caso dominar el fuego. Lo demás son todo penurias: la desdichada diosa, pese a ser la más bella, no tenía potestad para casarse por amor.

Hace ya años que nos casamos. Como es normal, este no ha sido especialmente pasional, teniendo en cuenta que surgió de una venganza. Fue un capricho y la tengo poco menos que como un trofeo... No me siento particularmente

orgullosa de ello, pero es así. Aunque claro, ella camina a sus anchas. Yo me paso todo el día trabajando en el taller con mis serviciales cíclopes.

En este instante, sumido en estos pensamientos y sintiendo el agradable calor de la fragua entre mis dedos, aparece repentinamente Apolo. Me sorprende su visita, y no gratamente. Mi relación con él, al igual que con el resto de los dioses del Olimpo no es muy cordial.

- Me he visto en la obligación de informarte de que tu mujer te ha sido infiel con Marte. Les vi el otro día. No quería decírtelo, pero en algún momento te ibas a enterar y no quiero ser cómplice de sus fechorías.

La reacción lógica, lo que se esperaría de mí, es la ira. De hecho siento que si se me hubiese dado la noticia en cualquier otro momento ya habría comenzado a maquinar una nueva venganza: podría reunir a todos los dioses para humillarles, tratarles de atrapar en una red... Sin embargo, estoy muy cansado. Estoy exhausto de llevar toda una vida luchando por llegar a la posición que se esperaba de mí, haciendo sufrir a personas que nunca me han profesado ni me profesarán aprecio alguno. No voy a cometer el mismo error dos veces: ¿de qué me sirvió vengar la traición de mi madre? Ahora es cuando me doy cuenta de que mi sitio está aquí, en la fragua. Hago lo que de verdad me llena, rodeado de mis ayudantes, aquellos que de verdad me aprecian y a los que yo a veces no valoro lo suficiente por el hecho de considerarme superior por ser un dios.

Mando a Apolo que se vaya con la certeza de que estoy tomando la decisión correcta.

Poesía:

Isaac Moreno Ortega

4ºD

CENICIENTA 007

Hoy vengo a contaros

La preciosa historia de Cenicienta

Pero espero sorprenderos

Contando la versión secreta

Érase una vez una chica preciosa

A la cual maltrataban sus dos hermanastras

Y por si era poca se sumaba la madrastra

Pero ninguna de ellas se esperaba una cosa

Cenicienta no solo era sirvienta

Aunque la hagan pasar por un horror

Ella en realidad es agente secreta

Y su maravilloso plan estaba saliendo a la perfección

El plan de una mente perfecta

En el que hace de chica maltratada

Y que así nadie de su familia tenga sospechas

Para la noche del baile darles una sorpresa

Al fin la noche del baile es perfecta

Y su horrenda familia al castillo va

Las hermanastras al príncipe quieren conquistar

Pero no tienen en cuenta que cenicienta aparezca

Cenicienta hace acto de presencia
Con un precioso vestido color verde
Que es el color favorito del príncipe
No sé por qué me da que no es una coincidencia

Resulta que Cenicienta maquillada esta
La chica y el chico comparten gustos
Cualquiera diría que tiene truco
Que con la chica coincida no es casualidad

Puede que por una vez
No es el chico el héroe
Y que es él el que tiene todo que hacer
Y que esta vez la chica va a por el príncipe

Resulta un tanto irónico
Que la noche del baile
Conozcas a alguien
Y acabes enamorado pidiéndola matrimonio

Finalmente su plan salió a la perfección
Y al príncipe logro convencer
De que lo que debía hacer
Era a su horrible familia dar una lección

Hoy os he contado

Un cuento nuevo

En el que para lograr un final feliz

Solo tienes que confiar y creer en ti

¿Caperucita Roja?

Hola, mi nombre es Laura y tengo quince años. Poca gente sabe esto. Gracias a mi querida madre y a su adoración por las caperuzas rojas (aunque estas fueran más antiguas que el toser) todo el mundo me conocía como la pequeña Caperucita Roja. Da igual que llevase sin vestirme de rojo y menos ponerme una caperuza desde hacía más de diez años. Da igual los años que cumpliese, o lo mayor que me hiciese, seguiría siendo "la pequeña Caperucita Roja". El día que encontrase al genio que se le ocurrió semejante nombre, le diría cuatro cosas bien dichas.

Pero, en fin, dejando aparte ese mote que me perseguía desde que tengo uso de la razón, tampoco me puedo quejar. Vivo en una bonita casa de campo con mi madre, voy al colegio, tengo buenos amigos... Lo único verdaderamente malo es esa maldita anciana, la muy bruja no me deja ni llamarla abuela, cosa que me da bastante igual ya que, aunque sea solo por fastidiarla, se lo llamo una y otra vez.

¿Sabéis esa entrañable y preciosa relación abuela-nieta? Pues yo nunca la he tenido. Mi abuela lleva tocándome las narices desde que llegué a este mundo. Nunca está satisfecha con nada. Tiene un talento especial para sacarle punta a absolutamente todo. Si llego a su casa y la saludo, mi voz "demasiado alta para su edad" le irrita los oídos. Si no la saludo soy una maleducada. Si le llevo comida, siempre es algo asqueroso o incomible, pero si no le llevo nada la quiero matar de hambre. Así con todo. ¡Qué suplicio de mujer! El tener que ir a verla todos y cada uno de los domingos era sin duda el peor y más odiado momento de la semana. Mi madre siempre se las ingeniaba para no ir. Cuando se lo echaba en cara, me venía con eso de, "llevo más tiempo aguantándola que tú".

Pero bueno, pensando con positividad solo era un ratito del domingo. Una hora de las ciento setenta y ocho que tenía una semana. Cosas más chungas se han visto. Podría tener que ir a verla todos los días, o incluso peor, ¡vivir con ella! ¡Eso sí que sería el mismísimo infierno!

Sin embargo, aunque mi abuela era una agonía constante en mi vida, esa semana mis preocupaciones eran otras. Había llegado un misterioso chico al pueblo. Nunca venía nadie nuevo aquí, con lo cual era toda una novedad. No sabía muchas cosas de él, solo que parecía serio y malhumorado. Toda la escuela

le tenía miedo, aunque muchas chicas le encontraban bastante atractivo (no les falta razón).

Se le conocía como El Lobo, incluso los profesores en la escuela lo llamaban así. Se decía que ese nombre era porque si le hacías enfadar, sacaba la furia del más feroz de los lobos. Una amiga me contó que el médico del frutero de la hermana del portero de su vecina se había enterado de que El Lobo había cometido varios homicidios y nunca habían sido capaces de demostrar que había sido él. En el pueblo un cotilleo no duraba ni diez minutos sin que lo supiera todo el mundo. Y uno de ese calibre, se había expandido como la pólvora en menos de seis segundos. Sin embargo, yo no me lo creía. Vale que el chaval parecía reservado y bastante borde, pero de ahí a la fama de asesino en serie que se había ganado... Costase lo que costase llegaría al fondo de este asunto. Averiguaría si los rumores eran ciertos como que me llamo Caperu... Laura, Laura.

Era domingo muy temprano. Iba yo con los tupper y ropa limpia a casa de la abuelita (demonio reencarnado, más bien). Estaba intentado ir lo más lento posible para alargar el momento hasta verla. Me metí por el sendero que atravesaba los árboles. Mi abuela vivía en el medio del bosque. Odiaba tener vecinos, y cualquier persona con dos dedos de frente odiaría tenerla a ella de vecina.

Estaba caminado cuando de repente lo vi. El Lobo estaba ahí, totalmente absorto al mundo exterior, jugando con un grupito de conejitos salvajes. La escena era realmente dulce. Debía tener buena mano con los animales, esos pequeños mamíferos son muy desconfiados, no se acercan a los humanos, ni si quiera a los que los llevan zanahorias.

- Hola- digo en alto. No me ha dado tiempo ni a meditar qué hacer. - ¿Eres de por aquí? Nunca te había visto por este bosque. - No sé en qué momento se me ha ocurrido hablarle. ¿Y si resulta ser peligroso después de todo? Algunos rumores tienen parte de verdad en ellos, ¿no?

- Sí, vivo aquí al lado. Me he mudado hace muy poco. -pensaba que ni me iba a contestar, o que sería un borde, pero su tono es amable.

- Se te dan genial los animales. – es lo primero que se me pasa por la cabeza.

- Creo que son los únicos en este pueblo que no me tienen miedo.

- Yo tampoco. -di que sí Laura, tú hazte la valiente delante de un posible asesino en serie. ¿Por qué no? Ya me vale...

- Es que no deberías tenerlo.

- ¿Por qué iba a tenértelo? -hacerme la loca es la mejor de mis opciones.

- Pues porque soy un asesino en serie, ¿no te habías enterado? Yo me enteré hace un par de días. Parece ser que aquí saben más de mí que yo mismo.

- ¿Lo eres? -le digo con una sonrisa.

- ¿Tengo pinta de asesino en serie? -la verdad es que no, pero, ¿quién sabe? Los más guapos a veces son los más locos.

- Un poquillo. -le digo con una sonrisa.

- Y tú, ¿qué haces por aquí?

- Pues ir a casa de la bruj... Abuelita.

- Te acompaño - se sitúa a mi lado y emprendemos el camino. Me sorprende que haya querido acompañarme, no es tan borde como yo creía. De hecho, su compañía es bastante agradable.

- Eres muy amable. Sinceramente, pensaba que eras un borde de mal humor. - ¿de dónde saco yo el coraje para soltar estas cosas? Ay Laura...

- Si no estoy malhumorado es gracias a que llevo unas cuantas horas alejado de esa vieja bruja. Por problemas familiares, mi padre me mandó aquí a vivir con mi horrible tía abuela. Es odiosa.

- Debería presentarle a mi abuela, se llevarían bien. - se ríe. Ahora entiendo su humor de perros. Yo estaría igual si me hubiesen sacado a rastras de mi hogar y me hubiesen mandado a vivir con alguien tan desesperante como es mi abuela.

- Pues sí... Lo único divertido dentro de todo lo malo es vacilarla con matar a sus adoradísimas plantitas. Huelen fatal, y se pone hecha un basilisco cuando me acerco a ellas. Un día le solté que ya había matado plantas antes, es mentira. Pero su cara de espanto y sus gritos llamándome asesino me hicieron reír durante horas. - con que asesino en serie eh, médico del frutero de la hermana del portero de la vecina... Asesino de plantas o ni eso. Me río para mis adentros.

- Y, ¿por qué te llaman El Lobo?

- Pues mira, me apellido Martínez Lobo. Mi mejor amiga de mi antiguo pueblo se llama Luna y se apellida Llena. Lo sé, parece hecho a broma. El Lobo y la Luna Llena... Era inevitable que alguien hiciera la bromita, y al final con la coña me quedé con el nombre de El Lobo. – me río aún más fuerte interiormente, ¿con que una furia peor que la del más feroz de los lobos? Malditos rumores...

Después de unos cinco minutos, llegamos a casa de mi abuela. De pronto se oye un grito, parece mi abuela.

-He oído algo. -ambos nos acercamos a la pequeña casa y me asomo por un venatuco que conecta con el salón de la casa. La imagen que veo a continuación me deja petrificada. Mi abuela está atada a una silla, amordazada, supongo que como consecuencia de su intento de grito. Un hombre menudo y con vestimentas de cazador, se mueve de un lado al otro con una bolsa llena de conejos muertos.

- Lobo...

Él, que también ha visto todo, se aleja de la ventana e irrumpe en la casa. Yo los sigo, pero quedándome en la puerta.

Lo que pasó a continuación no lo habría creído de no haber estado allí presente. El Lobo (cuyo nombre sigo sin saber) cogió al hombre del brazo derecho y, pillándolo desprevenido le hizo una perfecta llave de judo, tirando al hombre de espaldas al suelo. Es cierto que el cazador era menudo y El Lobo fornido y robusto, pero resultaba alarmante la facilidad con la que lo había levantado. El otro al darse cuenta de que, ya no solo se enfrentaba a una anciana indefensa, sino a un chico robusto que podría darle una buena paliza salió zumbando de la casa, casi llevándome por delante.

- ¿Y ese señor?

- Y yo que sé. Estaba leyendo tan tranquilamente y de pronto apareció. No me dio tiempo a reaccionar. ¡Me has ensuciado el parque, niño!

- Sí, y te acaba de salvar la vida también... Aquí cada uno se fija en lo que quiere.

- Pamplinas.

- Yo... Debería irme. Adiós. – y sale de la casa. Le sigo.

- Eh, espera. Es una desagradecida, imbécil y cabezota. Deberíamos haberla dejado ahí, a ver lo chulita que se hubiese puesto. Mil gracias, de verdad.

- No hay de qué. Espero volver a verte.

- Yo también, asesino en serie. A todo esto y para cerrar este bonito día, ¿cómo te llamas realmente?

- Dejémoslo en que tú eres Caperucita Roja y yo El Lobo. - sonrío y se da media vuelta. ¿Cómo conocía ya el mote? Maldito pueblo.

- ¡Me llamo Laura! -grito a todo pulmón. Lo oigo reírse en la lejanía y entro.

- ¿Quién era ese?

- Digamos que le llaman El Lobo. Te ha salvado de ese horrible cazador.

Miro a mi abuela, está como ausente. De pronto empieza a decir: "Caperucita, El Lobo, el cazador". Así una y otra vez, sin parar. Decido no molestarla, está como en una especie de estado de shock.

Pasó el tiempo, y mi abuela se encargó de que todos se enterasen de su aventura. Cambió un poco bastante la historia. Y después de haberle explicado más de mil veces que el bueno era El Lobo y el malo el cazador, ella seguía en sus trece, así que tiré la toalla. La gente seguía contando la historia, aunque la mayoría sabía lo que pasó en realidad, les resultaba más divertido difundir el relato que la demacrada imaginación de mi abuela había creado.

El tiempo pasaba y pasaba, y la historia de "Caperucita y El Lobo" seguía siendo la favorita del pueblo. No pasaba de moda. La gente cada vez daba más rienda suelta a su imaginación y adornaban la historia a más no poder. Algunos contaban que El Lobo nos engulló enteritas, y gracias al valiente cazador que le abrió la tripa al Lobo (cosa bastante improbable) consiguió salvarnos de un horrible destino. Otros decían que además le llenó la tripa de piedras, para que este al despertarse se ahogara en el río (también te digo, si te acaban de abrir la tripa, y metido piedras en ella digo yo que te enterarías o estarías muerto directamente, pero bueno).

Incluso algunos afirmaban que, tras ser salvadas, la dulce abuelita sintiéndose afortunada de que su amada nieta estaba bien, le dio un fuerte abrazo e hizo galletitas para ella y el cazador. 1. Mi abuela no me tocaría ni con un palo. Si de ella dependiera ya me habría tirado a los lobos. 2. Si hiciera galletas, estarían envenenadas, como poco.

El Lobo (resultó llamarse Gonzalo) y yo, que nos habíamos convertido con el paso de los años en muy buenos amigos, nos reíamos de cada una de las historias que llegaban a nuestros oídos, a cada cual versión más loca... Era muy divertido.

Lo que más me molesta de todo este asunto es que utilizaron mi historia para dar el mensaje a los más pequeños de "no te fíes de los desconocidos". Cuando realmente la verdadera moraleja de todo esto es que, nunca debes fiarte de los rumores, ya que nunca serán más que eso, rumores.

Cuadro: Familia de Carlos IV de Goya

Hoy parece que es un gran día. Me han despertado muy temprano y mis doncellas han venido a arreglarme con mis mejores ropas. A mí no me gusta llevarlas porque son muy incómodas y dan mucho calor. Sé que no va a servir de nada protestar pero aún así decido ir a ver a mi madre para intentar convencerla de que me deje quitarme todo esto. Cuando llego a la puerta de su habitación oigo un gran albedrío, debe haber mucha gente ahí dentro:

- Alteza, ¿le gusta el peinado?
- Señora, ¿qué tiara prefiere?

Paso disimuladamente y me acerco a mi madre:

- Mamá, ¡no quiero llevar este traje! Sabes que es muy incómodo.
- Francisco, hemos hablado de esto en muchas ocasiones. Hoy es un día muy especial y tienes que llevar tus mejores galas.
- Pero, ¿por qué? ¿Es que va a venir algún rey de otro país?- pregunto intrigado.
- No, corazón. Hoy va a venir a palacio un gran pintor para hacernos un retrato familiar. Se llama Francisco, igual que tú.

A pesar de que sigo un poco enfadado por no poder cambiarme, que el pintor se llame como yo me hace ilusión. Además ver caras nuevas estará bien, siempre está la misma gente por palacio.

Estoy absorto en mis pensamientos cuando unas doncellas vienen corriendo hacia mí y dicen:

- Dese prisa, don Francisco, toda la familia está esperándolo para el retrato, el pintor ya ha llegado.

En el camino hacia la sala ya empiezo a oír la voz de mi padre diciendo:

- ¡Ay, este niño! ¿Dónde se habrá metido?

Me apresuro y entro en la sala. Veo a mi padre que me hace un gesto, parece enfadado y enseguida me coloco a su lado para que el pintor pueda comenzar.

No me acordaba de lo eterna que se podía hacer la espera para este tipo de obras. Durante todo este tiempo me dedico a observar a todos los presentes en la sala.

Primero mi madre, a mi derecha. Está guapísima, lleva un vestido dorado que le sienta genial. A mi izquierda, mi padre. Lleva también sus mejores galas, incluso tiene una de sus espadas. Al lado de mi madre está mi hermana, María Isabel. Aunque a veces nos peleemos la quiero mucho. Es verdad que en algunas ocasiones es un poco repipi y nunca quiere jugar conmigo en el jardín por miedo a mancharse sus vestidos pero siempre que tengo miedo por la noche me deja dormir en su habitación. También está muy guapa, lleva un vestido parecido al de mamá.

Así, observando a cada uno de los miembros de mi familia, se está pasando el tiempo. La verdad me ha sorprendido que mi primo, Carlos Luis, siendo un bebé no haya llorado, pero supongo que estando en los brazos de mi tía estará contento.

Cuando el artista termina el cuadro y todos van abandonando poco a poco la sala, yo decido acercarme a él:

- Hola... - saludo un poco vergonzoso.
- Hola, es usted el infante don Francisco de Paula, ¿no es así?- me responde con una cálida sonrisa.
- Sí, la verdad me admira ver como es capaz de pintar tan bien. A mí me apasiona el arte pero creo que nunca sería capaz de realizar obras tan maravillosas como las tuyas.
- A mí desde pequeño también me ha gustado pintar, si quiere algún día le puedo dar alguna clase.
- ¡Estupendo, me encantaría! – respondo muy contento.
- Mañana vendré a palacio sobre las siete. Le espero en la sala que me han preparado.

Al día siguiente me despierto muy temprano, estoy muy emocionado. A las siete en punto estoy como un clavo en la puerta de la sala. Las primeras semanas solo pude hacer algunos bocetos. Fueron pasando los días y ganamos complicidad, una tarde, mientras pintábamos me dijo:

- ¿Sabes hijo? A veces sueño con pasar a la posteridad y que los españoles del futuro admiren este cuadro y otros míos.

- ¿Quiere decir que alguien, a quien aún le quedan varios siglos para nacer, hablará de usted y de mí? ¡Sería maravilloso!

Un día Francisco vino muy nervioso por un encargo que le habían hecho. Al parecer era algo muy importante y que me ofreciera ayudarlo en esa obra me alagó. Hicimos el retrato a la princesa de Asturias. Aún no se sabía quién podía ser, así que tuvimos que pintarla con la cabeza ladeada, escondiendo el rostro.

Míralos bien. Esos personajes que se asoman a nosotros desde el pasado tienen sus secretos y esconden historias asombrosas. Hay que saber descubrirlas.

(cuadro: la vista y el olfato del Museo del Prado)

LA SALA SECRETA DEL PRADO

Existe una leyenda poco conocida que habla sobre una habitación secreta en el Museo del Prado, un lugar insospechado ya que para muchas personas, los museos no son lugares tan interesantes como para que haya murmullos y leyendas sobre habitaciones, pasillos o puertas secretas.

Hay algunos guías que durante las visitas al museo del Prado relatan la leyenda.

Se dice que cuando el edificio, después de que muchos años antes se construyera para ser un palacio para algún duque, duquesa o incluso algún conde, se transformó en un museo tras años antes ser un palacio, se crearon o mejor dicho aparecieron nuevas puertas en paredes donde antes no existía ninguna entrada.

Al principio, estas salas se fueron utilizando para exposiciones, sin embargo a lo largo de los meses algunas de las obras más bonitas desaparecían y no se volvían a encontrar. Esto desconcertaba al director del museo por aquel entonces y como solución, hizo que dichas salas se cerraran y no se utilizaran, además de taparlas con cortinas para evitar que fueran descubiertas. Esta solución funcionó por un tiempo, hasta que las obras de arte que desaparecían eran aquellas almacenadas para ser expuestas en otro momento.

Hoy en día ya han desaparecido miles de obras y según esta leyenda, un trabajador del museo, un día descubrió un extraño portón en un pasillo que no existía anteriormente.

Este hombre, al ser muy curioso, entró por ese extraño portón y descubrió un salón rodeado de miles de pasillos y otras muchas salas que tenían las paredes cubiertas de cuadros, había esculturas, mosaicos e incluso jarrones de todas las épocas y colores.

Quedó tan maravillado de todo que no se dio cuenta de que allí también estaban presentes dos mujeres muy bellas y pequeñas criaturas voladoras. El hombre finalmente se percató de ellas y se presentó como Tomás, les preguntó de qué se trataba todo eso y las mujeres le explicaron que eran ninfas que a lo largo de

los años habían ido recogiendo las obras que creían que en algún momento serían olvidadas y robadas.

Pasó una hora, dos, tres...y las horas se convirtieron en años. A Tomás le encantaba el olor que desprendían todas y cada una de las obras, y saltaba a la vista que todas ellas eran preciosas. Con el paso del tiempo llegó un día en el que consiguió recrear con sus propias manos muchas de las obras que allí había, sin embargo, esto solo consiguió entristecerlo porque nunca nadie las podría admirar.

Las ninfas asombradas por sus pinturas decidieron hacerle un gran regalo: volver a la realidad con todas sus pinturas y crear una leyenda que plasmaría en un cuadro sobre la sala. Tomás así lo hizo y pintó un cuadro llamado "La vista y el olfato" , así como una leyenda escrita.

Tomás de vuelta en el mundo real, no se hizo famoso ni importante pero se dedicó a cuidar el museo hasta que se hizo tan mayor que decidió volver al salón secreto y vivir con las ninfas .

LOS TRES CERDITOS

Érase una familia madrileña del siglo XXI. La familia, los Tilla-Pato, sufrieron el varapalo de perder a su padre, Lucho, en un accidente poco antes de ver nacer a sus trillizos. Lucho era el encargado de traer los ingresos a casa hasta aquel fatídico día.

Dos meses después del accidente nacieron tres preciosos bebés. Uno, con ojos verdes y grandes manos, se llamó Aitor. Otro de los bebés recibió el nombre de Julio y, por último, el último en salir heredó el nombre de su padre.

La madre de los pequeños empezó a trabajar poco después del parto, pues necesitaban dinero para alimentarse. Esta heroína sin capa, llamada Elsa, consiguió sacar la familia adelante y los tres hijos llegaron a la adolescencia en perfectas condiciones.

Uno de ellos, Aitor, quería independizarse lo antes posible y, quizá precipitadamente, se marchó de casa y empezó su vida laboral a los 18 años, abandonando sus estudios.

Julio, en cambio, decidió acabar sus estudios y al acabarlos, a los 23 años, empezó su nueva vida, aunque tuvo que marcharse a otro lugar, a Picadily, para poder trabajar, pues en España su carrera universitaria está poco valorada.

Por último, Lucho siguió el ejemplo de su padre y se esforzó en hacer la mejor carrera y culminar sus estudios con másters y grados. Sus hermanos le criticaban, pues Lucho logró independizarse a los 29 años.

Con el paso de los años Julio y Aitor se dieron cuenta de que se habían precipitado, mientras sus vidas no eran estables debido a la falta de trabajo, Lucho había formado una familia en la casa de sus sueños y, con su sueldo, ayudaba a su madre Elsa, ya anciana, a vivir unos últimos años de vida muy buenos.

A los pocos años de nacer el segundo hijo de Lucho, Elsa falleció.

En consecuencia, Julio y Aitor vieron como su madre ya no les podía ayudar y fue Lucho quien ayudó a sus hermanos a sobrevivir en condiciones dignas,

permitiéndoles vivir en su hogar y librándoles de los miedos y peligros que tenían en sus antiguas casas.

En definitiva, la vida nos enseña que, con cautela y esfuerzo se puede conseguir lo que uno quiera y que, a veces, un pequeño esfuerzo más merece mucho la pena.

Inspirado en Los Tres Cerditos

Javier Rivas 1º bachillerato 'A'